

sentaba la toma de una plaza fuerte y desde las diez de la noche hasta la madrugada hubo gran baile en el palacio de Buenavista, donde su propietario el mariscal Bazaine había dispuesto un decorado enteramente militar.

Como los jardines del palacio de Buenavista se extendían hasta el Egido y estaban cerrados solo por una reja de hierro, el pueblo en masa podía admirar la hermosa iluminación y los brillantes letreros formados con farolillos venecianos y en los que se leía « VIVE NAPOLEÓN III! VIVE L'EMPEREUR MAXIMILIEN! ».

---

## CAPÍTULO IX

Los generales Miramón y Márquez parten para Europa. — La Orquesta, sus redactores y su dibujante. — Accidente en el ferrocarril de Tacubaya. — Las Víctimas. — Visita al Hospital de Jesús. — Disgustos en la corte. — Viaje á Pachuca. — Una noche en el lago de Texcoco.

Dos hombres sobre todos los demás descollaban entre los jefes del partido conservador; eran estos los Generales Miramón y Márquez.

Miramón, que de simple alumno del Colegio Militar había conquistado en muy poco tiempo todos sus grados militares, y á pesar de su edad relativamente corta, había llegado á ser Presidente de la República, y Leonardo Márquez, que habiendo nacido en Enero de 1820, comenzó su carrera militar á los diez años de edad, entrando como cadete al ejército y había llegado á ser general de División en 1859.

A su valor indiscutible, los dos jefes reunían grandes conocimientos militares, vasta instrucción, y grandes deseos de ayudar al triunfo de la causa imperialista.



Respecto á Márquez, bueno es recordar aquí, que aun cuando sus adversarios políticos siempre le han echado en cara los fusilamientos del 11 de Abril de 1859, él ha demostrado plenamente que los hizo por orden expresa y terminante del Presidente Miramón.

Márquez fué de los primeros jefes mexicanos que desde Veracruz se pusieron á las órdenes del General Almonte y después siguió militando á los órdenes de los jefes franceses, habiendo entrado á México con el general Forey.

Los consejeros de Maximiliano no podían serenamente ver que estos dos hombres tan notables, tuvieran alguna influencia en el ánimo del Emperador, y comenzaron á sembrar en su espíritu la desconfianza, manifestándole que eran muy capaces de traicionarlo y procuraron por cuantos medios estuvieron á su alcance alejarlos del país.

Maximiliano, que en semejantes casos siempre encontraba pretexto plausible para alejar á los que caían en desgracia suya, ideó que Márquez fuese enviado á Constantinopla como Ministro del Imperio Mexicano ante la Sublime Puerta; y que de ahí pasara á Jerusalén é hiciera una visita á toda la Palestina.

Respecto á Miramón, se le ocurrió que fuera este jefe á residir á Berlín para que allí estudiara la táctica prusiana y después implantara en el ejército mexicano todos los adelantos de la milicia alemana.

Todas estas misiones en el extranjero costaban sumas enormes á la Nación; pero eso importaba poco,

porque se conseguían dos objetos: primero, que estuviesen lejos las personas de quienes se temía una traición y segundo, que con tanto boato como desplegaban los representantes del Imperio Mexicano, se hiciera creer á las potencias europeas que realmente ese Imperio estaba perfectamente consolidado.

Publicábase por aquel entonces en la capital un chispeante periódico de caricaturas denominado *La Orquesta*, redactado por don Lorenzo Elizaga y otros jóvenes escritores liberales de talento. Dibujaba ese periódico el tan reputado caricaturista Don Constantino Escalante, muerto de un accidente ferrocarrilero, tres años después. Con motivo de la partida de Miramón y Márquez para Europa, el citado periódico publicó una caricatura muy chispeante, que cayó muy en gracia al Emperador.

En esa caricatura se veía á Márquez, vestido de peregrino y camino de Tierra Santa y á Miramón con traje de estudiante que va á la escuela.

Otra caricatura muy ingeniosa que causó en el público gran sensación, lo mismo que en el ánimo del Monarca, fué una en la que el lápiz de Escalante representaba al Emperador entre dos ministros, uno conservador (Escudero y Echanove) y el otro liberal (Doblado). El conservador ofrecía á Su Majestad una cajetilla de cigarros diciéndole: « Señor, si Ud gusta, son legítimos de Monzón, » y el liberal una caja de puros de la que Maximiliano tomaba uno, diciendo al conservador.



« Gracias, Señor, soy de á caballo. »

Bien comprenderán mis lectores la alusión y el ingenio de la caricatura cuando recuerden que en aquellos aciagos tiempos de lucha, se llamaba puros á los liberales.

Por aquellos días también, una tarde que S. M. se paseaba por la terraza del alcázar, mientras yo le leía los documentos y las cartas, llamó repentinamente su atención el ir y venir de muchas gentes que corrían en dirección de la línea del Ferrocarril del Valle. Era que éste había descarrilado causando un regular número de víctimas. Efectivamente, desde la terraza, pudimos ver volcada la locomotora y los coches. Ordenó Su Majestad inmediatamente se le proporcionaran los detalles posibles y poco tiempo después, el ayudante Feliciano Rodríguez regresó trayendo cuanto detalle pudo obtener sobre la catástrofe.

Era esa noche de baile en Palacio, pero al saber el accidente, Su Majestad manifestó á la Emperatriz que le representara en la tertulia pues él llegaría tarde. Como á las ocho salimos por una puerta reservada que había en el baluarte Sur y acompañados del ayudante Rodríguez nos dirigimos al Hospital de Jesús donde los empleados de él, no comprendían qué iba á hacer allí el soberano.

Nos recibieron los practicantes, los enfermeros y las hermanas de la Caridad y nos condujeron á las salas donde se encontraban los heridos. Eran siete ú ocho las víctimas del descarrilamiento y tres de ellos se

encontraban en muy grave estado. Había habido más víctimas; pero como pertenecían á clases sociales más elevadas fueron conducidas á sus domicilios.

Á las diez de la noche, que terminó nuestra caritativa visita á los heridos, regresamos á Palacio, entrando por la puerta que conducía á la escalera oculta del baluarte, porque tanto los patios como las demás escaleras, estaban llenas de criados, de guardias y de invitados.

Por la tarde, momentos después del accidente ferroviario, me había dicho S. M. en el tono de broma, que con frecuencia usaba conmigo:

« Usted se prepara para ir al baile esta noche, ¿no es eso? pues yo le voy á proporcionar otra diversión, si no tan agradable por lo menos más provechosa. Va Usted á acompañarme á los hospitales. »

Dada mi edad de entonces, comprendía muy bien que me contrariaba no ir al baile y se complacía en contrariarme, para reír con todas sus ganas de la cara que yo debo haber puesto, cuando supe que iría á ver heridos en vez de ir á ver mujeres hermosas.

Pero tan luego como regresamos á Palacio, ya había enviado á uno de sus camaristas á que trajera mi traje de etiqueta á su misma pieza, y allí mientras á él lo vestían sus camaristas, yo me vestí en un rincón, pasando después á que me peinara uno de sus criados.

Terminado nuestro tocado, pasamos á los salones, donde con toda afabilidad se puso á conversar entre los grupos de invitados.



Algunas veces ya en el trayecto de Chapultepec á Palacio, ya durante la lectura de los documentos y de las cartas, me dirigía la palabra en estos términos :

« Usted debe oír hablar mucho de mí, y aunque como todos saben el puesto que Ud ocupa, siempre que hablen de mi persona delante de Ud han de hacerlo en términos halagadores, no han de faltar enemigos gratuitos míos que por molestarlo hablen mal de mí. Si así sucede, no deje nunca de referirme todo cuanto oiga respecto á mis actos y á mi propia persona, ya sea favorable ó desfavorable, para poder evitar los males y los abusos que por conducto de Ud lleguen á mis oídos. No le exijo que me diga los nombres de las personas que censuren mis actos, ni hacerle desempeñar el papel de delator, sólo deseo conocer las críticas que se hagan á mi manera de gobernar. »

Alentado así, muchas veces le referí las hablillas que circulaban en la ciudad, especialmente el disgusto que causaba á muchos mexicanos prominentes, ver que los franceses ejercían un dominio casi absoluto sobre él, no solamente en la parte militar, sino también en otros ramos de la administración y que habiendo en México personas muy competentes para desempeñar puestos de importancia, especialmente en el ramo de Hacienda, se hacían venir del extranjero funcionarios que costaban sumas enormes á la Nación.

Así por ejemplo, el Sr. Costa, diputado á las cámaras francesas, quien fué después reemplazado por el Sr. Bonfond y por último por el Sr. Langlais. Á éste, lo dió á

conocer Su Majestad, por medio de un decreto que comenzaba con las siguientes palabras :

« Deseando dar al Sr. Langlais una prueba de nuestra alta consideración, y utilizar sus profundos conocimientos administrativos y financieros... »

Seguía después una lista muy larga de los asuntos que se sometían al examen del referido Langlais, entre los cuales los principales eran dependientes del ministerio de Hacienda y del Consejo de Estado, por ejemplo, ingresos y egresos, bancos, créditos, organización judicial, administrativa, prefecturas, municipios, tratados internacionales, de comercio, correos, concordatos etc, etc.

Tenía pues el referido Sr. Langlais un carácter de ministro sin cartera, pudiendo asistir siempre que lo ordenaba Maximiliano al Consejo de ministros. Percibía el enorme sueldo de cien mil francos anuales, más cincuenta mil para gastos y al cabo de tres años, una gratificación extraordinaria de doscientos mil francos. Por esto, podrá comprenderse el disgusto que causaba entre los mexicanos, la llegada de un Ministro universal.

Y á pesar de todas estas dificultades, que cada día aumentaban, el Emperador con su optimismo de costumbre, lo veía todo cada día más color de rosa y proyectaba nuevos viajes, dejando á La Emperatriz, encargada de los negocios durante su ausencia.

Así fué que dispuso para el día 24 de agosto hicieramos un viaje á Pachuca, saliendo en canoa rumbo á Texcoco. Á las siete de la noche del mismo 24, nos



embarcamos en San Lázaro, los que formábamos la comitiva de Su Majestad y que éramos los Sres. Don Juan de Dios Peza, ministro de la Guerra, el lic. Faustino Chimalpopoca Galicia, conocedor de lenguas aborígenes, el ayudante Feliciano Rodríguez, dos oficiales de órdenes y yo. Maximiliano, que como ya he dicho repetidas veces, era muy aficionado á acostarse temprano y á no contrariar sus costumbres, tenía de cuando en cuando extraños caprichos, para probar su fuerza de voluntad. Y decidió que pasáramos esa noche en vela, navegando por la laguna.

La flotilla imperial se componía de una gran canoa destinada al Emperador, alfombrada ricamente, y con divanes y cojines. En esa canoa se nos sirvió cerca de media noche una espléndida cena, dirigida por el indispensable Venisch. Como además de la exquisita champaña que siempre acostumbraba servirse en la mesa imperial, habíase ocurrido á alguien llevar pulque, que, según los conocedores era un pulque exquisito; ocurrióse también á otro de los allí presentes, mezclar la magnífica champaña con el feo brebaje nacional y tal mezcolanza naturalmente hizo un efecto deplorabile en las cabezas de algunos comensales. Agréguese á esto, el frío de la madrugada, pues la sobremesa se había prolongado hasta hora muy avanzada y se comprenderá cómo, apenas se durmió el Emperador que fué ya cerca de las cinco de la mañana; todos los que formábamos la tertulia sentados á la usanza turca en cojines sobre el piso de la canoa, nos vimos obliga-

dos á retirarnos á las embarcaciones que venían á la cola de la flotilla. Á las siete de la mañana llegamos á Texcoco, donde la recepción fué cordialísima como siempre, y era imposible pudiera suponerse que, lejos de aquel medio ambiente de simpatía que rodeaba al Emperador se le odiara á muerte y se le tratara de usurpador y de aventurero en los pueblos y en las ciudades que no lo conocían.

Se pasó la mañana visitando las escuelas, la cárcel y el hospital; se hizo también una visita á la fábrica de vidrio, donde dirigió felicitaciones muy cordiales al propietario, estimulándole á seguir haciendo prosperar esa industria y por último, dió á la autoridad, seiscientos pesos para las escuelas y doscientos para los pobres.

Enseguida, y en carruajes que se habían puesto á disposición del Emperador y de su comitiva, seguimos para la Hacienda de Chapingo, hermosísima finca rústica, propiedad entonces del Sr. Antonio Morán, chambelán del Emperador, y después del presidente de la República Gral. Don Manuel González.

Tanto el Sr. Morán, como el Sr. Cervantes, que se encontraba allí, y las familias de ambos atendieron á Maximiliano y á sus acompañantes con exquisita galantería, y por la tarde se sirvió la comida para sesenta personas en el vasto y hermoso comedor de la hacienda.

Después de un ligero reposo, seguimos para San Juan Teotihuacan, donde pasamos la noche, en la mejor casa del pueblo.

Al día siguiente antes de partir el Emperador visitó las



famosas pirámides del Sol y de la Luna y el Sr. Chimalpopoca descifró los jeroglíficos aztecas que decoran esos montículos artificiales. Al descender de las pirámides, una multitud de desarrapados indígenas ofrecían á Maximiliano las apócrifas antigüedades que allí fabrican todavía y que tienen la ingenuidad de creer que los viajeros medianamente ilustrados toman por auténticas. El Emperador no quiso comprar ni aceptar nada, diciendo que ya en el palacio Imperial de México poseía bastantes antigüedades, pero ordenó se distribuyera algún dinero á aquellos desdichados.

De San Juan Teotihuacan salimos á las nueve de la mañana rumbo á Otumba, donde nos recibió el Sr. Carrasco, entusiasta y muy leal partidario del Imperio; este caballero era una especie de patriarca de Otumba, su numerosísima familia componía gran parte de la población en esa villa.

Contaba con diez hijos todos ellos casados y padres á su vez de numerosa prole.

Sabiendo los antecedentes de Carrasco y viendo el gozo que le había causado con su visita, el Emperador le concedió la cruz de caballero de la orden de Guadalupe, dando en nombre de la Emperatriz la de San Carlos á la esposa de Carrasco. En esa misma localidad, se encontraba también un rico hacendado, comerciante en pulques, que sostenía un numeroso ejército de jornaleros que le veían casi como á un padre.

Á este señor llamado Don Manuel Garcés, concedió el Emperador la medalla de plata del mérito civil. De

Otumba seguimos para la hacienda de los Reyes, propiedad del Sr. Adalid, donde comimos y pasamos la noche. A esa hacienda, nos acompañaron los Srs. Carrasco y Garcés. Allí se encontraban muchas personas de México, muy adictas al Imperio y allí también le fué presentado á Su Majestad el poeta Don José Zorrilla, popular autor del Don Juan Tenorio, y de tantas otras obras.

Conociendo como conocía Maximiliano la lengua y la literatura españolas, tuvo gran placer en platicar largamente con el poeta español sobre asuntos literarios.

Zorrilla era de baja estatura, un poco grueso, de regulares facciones, ojos muy negros y mirada muy penetrante; tenía bigote negro muy espeso y cabellos del mismo color un poco largos á la usanza de los románticos.

La comida se sirvió en el vasto comedor de la casa de la hacienda, habiendo los propietarios hecho servir en un gran frasco de cristal pulque elaborado cuidadosamente para que Su Majestad lo probara. Bebió del famoso licor nacional Maximiliano, y dijo que efectivamente si así pudiera obtenerse en la capital, podría servirse en cualquiera mesa elegante. Después de la comida se improvisó en el salón un concierto y una velada literaria, en la que obtuvo grandes ovaciones y muy merecidas por cierto, Don José Zorrilla con la recitación clara y armoniosa de algunas de sus composiciones. El Emperador que como es bien sabido, era un poeta excelente, felicitó con toda cordialidad al autor de Don Juan



Tenorio y le dijo que jamás había oído hablar la lengua española, con tanta corrección.

A pesar de que al día siguiente muy de madrugada teníamos que continuar nuestro camino, la velada se prolongó hasta muy entrada la noche.

Al día siguiente, 26 de agosto, salimos de la hacienda de los Reyes á las seis de la mañana; en el patio de la hacienda, ya nos esperaban todas las señoras para despedirse del Emperador; y los Sres. Adalid, Garcés, Carrasco y Zorrilla listos para acompañarnos.

El soberano iba en carretela y yo á su lado. Al pasar un arroyo que las abundantes lluvias habían convertido en torrente, fué preciso echar pie á tierra, pues el puente para carruajes estaba en tan mal estado, que uno de los carruajes al pasar había caído al torrente y costó gran trabajo á los mozos dirigidos y ayudados por Feliciano Rodríguez, sacarlo de aquel atolladero. Zorrilla que iba en el carruaje volcado, recibió un susto fenomenal; y cuando ya habíamos pasado el arroyo y nos encontrábamos todos sanos y salvos decía riendo y con mucha gracia al Emperador, que no porque sabía hacer versos estaba exento de tener miedo.

Al atravesar el cortejo imperial por aquellas extensas llanuras cubiertas de magueyes, los caballeros hacendados explicaban á Su Majestad el cultivo de esa planta y la manera cómo se elabora el pulque, haciendo ver las pingües utilidades que se obtendrían, cuando terminado el ferrocarril de Veracruz, pudiera enviarse ese licor á Puebla, Orizaba, etc., etc.

Cerca de las once de la mañana llegamos al acueducto de Zempoala, donde el Emperador quedó maravillado ante esa obra notable de la época colonial.

Se hicieron comentarios muy favorables para los que dirigieron tal maravilla de arte arquitectónico y Maximiliano no se cansaba de lamentar que se encontrase tan lejano de la capital ese famoso acueducto. Como los conductos que conducían el agua estaban rotos é inutilizados desde hacía varios años, el Emperador prometió que muy en breve se ocuparía de la reparación de ellos.

Este ofrecimiento hizo prorrumpir en vivas estruendosos al cortejo imperial. Naturalmente, tal obra no se llevó nunca á cabo y el acueducto de Zempoala no tardará en desaparecer por completo.

Tan luego como llegamos á Zempoala, se despidieron de nosotros los Señores Adalid, Carrasco y Zorrilla, quedando también desde luego nombrado Adalid, caballero de Su Majestad y Don José Zorrilla, lector de la corte. Almorzamos en Zempoala para seguir después nuestro camino por Venta de Cruz y llegar á Pachuca á las seis de la tarde.

En la garita de esta población, nos esperaba el Ayuntamiento en masa, los notables de la ciudad, y los ingenieros y directores de las compañías mineras de ese famoso lugar.

Encabezaba el grupo de ingenieros y directores el Sr. Wald, director de la Compañía Inglesa, y un gran número de barreteros con antorchas, formaba una proce-



sión muy vistosa. Seguidos por esa procesión atravesamos la ciudad, hasta llegar al suntuoso alojamiento que para Su Majestad se tenía preparado en la casa de la Compañía Inglesa.

## CAPÍTULO X

Pachuca. — Visita á la ciudad. — El hospital. — El Dr Bandera. — Real del monte. — La Hacienda de Regla. — Visita á las minas. — Donativos. — Tulancingo. — Distribución de condecoraciones. — Embarque en Texcoco. — Regreso á México.

Al siguiente día de nuestra llegada á Pachuca, el Emperador me hizo llamar exactamente á la misma hora que de costumbre para el acuerdo, es decir á las cuatro de la madrugada, como si nos encontráramos en Chapultepec ó en el Palacio Imperial de México,

El Sr Wald, director de la Compañía, preguntó á qué hora acostumbraba almorzar Su Majestad, y á las diez ya estaba la mesa servida con el mismo lujo que la víspera para la comida; pero antes de sentarse á almorzar Maximiliano, hizo saber al Director de la Compañía, que trayendo un séquito numeroso y suficientes provisiones y vinos, en manera alguna quería molestar á la Compañía y que por lo tanto suplicaba al Sr Wald, se sirviera dejarle en absoluta libertad para hacer uso de sus vinos y provisiones.



El Sr Wald, por conducto del ministro Peza, manifestó á su vez al Emperador que de ningún modo consentiría en que Su Majestad hiciera gasto alguno, que se sentía muy honrado con huésped tan ilustre y que suplicaba encarecidamente al Soberano permitiese á la Compañía servirle en todo, durante su permanencia en Pachuca.

Agregó el Sr Wald que poco, muy poco sería lo que la Compañía podía hacer para corresponder á tan alto honor y poder escribir con letras de oro el nombre de Su Majestad en sus anales.

Conociendo Maximiliano lo susceptible del carácter británico, aceptó el ofrecimiento del Sr Wald y contestó dándole las gracias en una carta escrita de su puño y letra, reservándose á enviarle de México, como lo hizo después, un magnífico presente.

Después del almuerzo, salimos á hacer una visita á la ciudad, prefiriendo como siempre Maximiliano ver en qué estado se encontraban las escuelas, la cárcel y el hospital. Este estaba á cargo de un joven doctor, liberal intransigente, llamado Don José María Bandera, y que el día anterior había rehusado asistir á la recepción. No esperando pues, que el Emperador visitara el establecimiento de su cargo, se sorprendió mucho al verlo llegar con su comitiva, y se vió obligado á recibirlo con cortesía. El Soberano con sus maneras exquisitas en muy pocos minutos, se captó las simpatías del Dr Bandera, y cuando Maximiliano le manifestó que lamentaba ver el establecimiento en condiciones poco

favorables, Bandera le dijo que la falta de recursos, hacía que no pudiera implantarse mejora alguna.

Maximiliano entonces, ordenó desde luego que se ministrasen quinientos pesos para las necesidades más urgentes del Hospital, y Bandera, después de darle las gracias á nombre de los enfermos, le preguntó que á quién daría cuenta del uso que hiciera de esa suma. Entonces Maximiliano, con mucha sencillez, le contestó que al propio Doctor Bandera, á quien deseaba ver esa tarde á su mesa. El joven Doctor desarmado ante tanta finura, no tuvo más que asistir á la mesa Imperial.

Al otro día, siguiendo el hermoso y amplio camino carretero que conduce de Pachuca á Real del Monte, hicimos una visita á este pintoresco mineral. Cuando llegamos á él, estaba literalmente cubierto de niebla, y Maximiliano, á quien acompañaba muy de cerca el Sr Wald, dijo á este en tono de broma, que los ingleses eran tan apegados á sus usos y costumbres, que donde quiera que se establecían, no contentos con construir según su especial arquitectura llevaban hasta su clima especial también de brumas y de nieblas.

Y así parece en efecto, pues cualquiera que haya visitado ese pintoresco mineral tan cercano á Pachuca, lo encontrará más inglés que mexicano. Las casitas de los ingenieros, que en su mayoría, sino en su totalidad son inglesas, lo mismo en la época del Imperio, que en la actual, están fabricadas á la usanza británica y por sus ventanas aparecen las cabecitas rubias de las hijas



ó jóvenes esposas de los ingenieros, cabecitas que entre la bruma, hacen creer efectivamente que el viajero se encuentra en alguna pequeña localidad de la brumosa Albión y no en un pueblecillo de México.

Á nuestro regreso para Pachuca, en uno de los lugares más accidentados del camino, resbaló uno de los caballos que montaba un húsar austriaco, yendo á caer al fondo de una profunda barranca, pero como esto sucedió á bastante distancia del carruaje que ocupaba Su Majestad, los oficiales no queriendo echar á perder el placer que aquel viaje había causado á Maximiliano, ocultaron el accidente dejando algunos soldados que se encargaran de recoger el cadáver del infortunado austriaco. El 28 del mismo mes, visitamos la pintoresca Hacienda de Regla, donde los ingleses que la tenían á su cargo, después de explicar minuciosamente el procedimiento para el beneficio de metales, nos obsequiaron con un suculento almuerzo cerca de la bellísima cascada de esa hacienda.

Este almuerzo fué servido enteramente á la inglesa, muy buena carne, patatas con mantequilla, té y magnífica cerveza negra.

El día veintinueve, se nos invitó á visitar las principales minas de Pachuca, siendo la primera que visitamos la del Rosario, que entonces se encontraba en plena bonanza. Ya se nos habían preparado los clásicos trajes mineros: sacos y pantalones de lienzo, y cascos de lona embreada con su bujía fijada al frente. Todos, desde el Emperador hasta el último de sus acompañantes vesti-

mos aquellos trajes para penetrar á los tiros, en unas plataformas, que corriendo por angosta y subterránea vía férrea, nos dejaron ver por unos cuantos minutos la vida infernal de los desdichados barreteros. Pero faltaba la segunda parte, es decir, bajar por malacate al fondo de la mina.

Maximiliano deseaba bajar, pero tanto los ingleses de la Compañía, como los oficiales que lo acompañaban, le suplicaron que no lo hiciera, pues además de ser muy molesto y muy peligroso para los profanos, cuán tremenda sería la responsabilidad de los ingenieros, si viniera á romperse un cable del malacate que llevaba al soberano ó si un derrumbe, accidente nada remoto, viniera á causar lesiones ó la muerte á la Imperial persona.

En vista de esas razones, desistió Su Majestad, y sólo se permitió la bajada á la mina, por el malacate, al Coronel Feliciano Rodríguez, al Coronel Lamadrid, á dos oficiales de órdenes y á mi. Muchos de mis lectores, que residan ó hayan residido en minerales, conocerán esa impresión penosa de la bajada á una mina por ese procedimiento primitivo que se llama malacate y comprenderán muy bien cómo, tanto mis compañeros como yo, cuando estábamos en el fondo de la mina, más que admirar el inmenso trabajo del hombre, para extraer la plata de las entrañas de la tierra, lo único que deseábamos era salir de aquel horno, donde además del horrible calor, el peligro de un derrumbe, ya sea natural ó producido por algún barreno, podía sepultarnos en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apldo. 1825 MONTERREY, N.L.



vida, como con frecuencia sepulta á tantos infelices.

Habíase anunciado nuestra salida de Pachuca, para el día treinta por la madrugada, y como Su Majestad había ordenado se distribuyesen mil pesos entre los barreteros, éstos manifestaron su gratitud al soberano, agrupándose al pie de los balcones de la casa que ocupábamos, y lanzando vivas al emperador, hasta muy entrada la noche del veintinueve.

Á las seis de la mañana del treinta y acompañados por una gran comitiva, que nos dejó hasta muy lejos de la ciudad, emprendimos nuestra caminata para Tulancingo, donde llegamos á las cuatro de la tarde.

Esta ciudad, que tiene un aspecto muy distinto al de Pachuca, agradó mucho á Maximiliano; excuso decir que allí, lo mismo que por doquiera, el Emperador fué recibido con grandes demostraciones de entusiasmo y de simpatía. Hizo los honores de la ciudad, el Sr Obispo además de las autoridades; y como de costumbre se nos sirvió una comida magnífica, con la originalidad de que cada una de las principales familias del lugar, ofreció un platillo á la vez que enviaron artísticas cestas conteniendo legumbres y frutas, pues Tulancingo es una localidad eminentemente agrícola, contrastando así con Pachuca, su vecina, donde no hay más industria que las minas.

El día treinta y uno, después de visitar las escuelas, la cárcel y el hospital, fueron en este último presentados al Emperador dos soldados mexicanos y dos austriacos, que habían sido dejados por muertos en el

campo, después de una escaramuza con una partida de guerrilleros liberales.

Estos cuatro soldados se encontraban en el hospital, adonde la caridad de unos indios los había conducido; Maximiliano los condecoró con la medalla de Mérito Militar, y les dió algún dinero para que regresaran á México y se incorporaran á sus cuerpos.

Á la comida de ese día, fueron invitados el obispo, el presidente municipal y los vecinos más caracterizados, habiendo puesto Su Majestad, antes de sentarnos á la mesa, en manos del obispo, la cruz de comendador de la orden de Guadalupe y en las del Presidente municipal, la de oficial de la misma orden.

Al día siguiente por la tarde, se sirvió en un hermoso jardín, llamado JARDÍN DE ADALID, un banquete que ofrecieron al Emperador los artesanos de Tulancingo.

Muy lucido estuvo ese banquete que se sirvió el día primero de Septiembre; los obreros se esmeraron en hacer los honores á Su Majestad y éste quedó muy complacido de aquella nueva demostración de simpatía. Además del obispo y de las autoridades, ocuparon la mesa los obreros de más categoría de Tulancingo, que se mostraron muy gozosos de haberse sentado á ella en compañía de S. M.

Después del banquete, el Emperador por las frescas avenidas del jardín, platicó cordialmente con algunos de los obreros que le fueron presentados por el obispo y por el presidente municipal. Al obscurecer una larga



comitiva de damas llevando cirios, nos acompañó hasta nuestro alojamiento.

El día dos de Septiembre á las cuatro de la mañana salimos de Tulancingo, y después de caminar todo el día, llegamos á las once de la noche á Texcoco, allí nos esperaba ya la flotilla de canoas que nos condujo á México, donde llegamos á las cinco de la mañana del tres, dirigiéndonos enseguida á Palacio, mientras dormían aún los habitantes de la capital. Sólo el pabellón Imperial que flotó algunas horas después en Palacio, les hizo saber que el soberano se encontraba de nuevo en ciudad.

## CAPÍTULO XI

Viajes á pie á Chapultepec. — Visitas á las oficinas públicas. — La escuela de bellas artes. — Sus profesores. — Proyectos de embellecimiento de la ciudad. — Visitas nocturnas á la cárcel y á las panaderías. — Complot para asesinar á Maximiliano y á Carlota. — Fusilamiento del coronel Carlos García Cano. — Un dieciséis de septiembre bajo el régimen imperial.

Pocos días después de nuestro regreso á México, volvimos á instalarnos en Chapultepec y la vida oficial siguió enteramente lo mismo que antes de nuestra partida.

Alguna que otra mañana fresca del otoño, la Emperatriz nos acompañaba en los paseos á caballo por el bosque, llevando siempre en su compañía á sus damas de honor, la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela; pero con mucha frecuencia, este acompañamiento era muy corto, pues después de algunos minutos de plática con el Emperador y sus ayudantes, la Soberana seguía distinto camino, dejándonos en absoluta libertad de seguir el que Maximiliano designaba.